

## **CROMATISMOS DE UNA HISTORIA CONJUNTA**

(Pseudónimo “Casimiro”/ Modalidad de narrativa corta/ Categoría A)

Desde que era pequeña me han tratado de imponer reglas sin sentido, normas que nadie entiende. Me han intentado incluso acostumbrar a ver pasar por el camino de lo útil y valioso el tiempo ajeno, a través de la ventana de una habitación hermética y opaca, cuyas paredes blancas y negras han reñido a lo largo de los años con la luz de tal manera por lo que les ha sido vedado por su feminidad, que si bien después de una lucha sin resultados han diptongado para las miradas de los transeúntes en una sílaba grisácea de público hierro carcomido, en realidad no han ocultado sus sueños del todo, pues los detalles de sus caminos y las topografías de sus vidas a menudo me han gritado que volviera a intentarlo, ya no solo por mí, sino por ellas, por nosotras, por las otras, por todo lo que mi sueño implicaba...

Y me lo han vuelto a susurrar cada vez que he perdido el norte en el mar de la incertidumbre, cada vez que un comentario me ha desanimado. Porque siempre ha sido en los peores momentos cuando el prisma de las expectativas de todas las que lo han intentado antes que yo se ha proyectado más allá del agua salada que en ocasiones ha humedecido la ventana de mis ojos. Y ha sido entonces cuando por fin se me ha permitido apreciar en el techo de la habitación, ese en el que nadie repara, el ademán concéntrico de los arcos de ilusiones refractadas, la presencia de la naturaleza que debería guiar nuestros actos: el comienzo de un arcoíris conjunto.

Aun así, es un hecho que a cada segundo mío se le haya negado este meritorio y apreciable camino que tantos otros siguen en el exterior, y en contraposición se le haya permitido tan solo convertirse en una mota más de polvo cambiada de su lugar inicial; o

en el mejor de los casos, en un escuadrón de decenas de ellas movido por la ola de una mirada que, pese a soñar con el azul del mar, ha tenido que seguir conformándose, suspirante, con implorar, desde su condición quizás demasiado cristalina, poder formar parte de ese lugar al que todavía no le han permitido acceder.

En ocasiones me he dicho que en realidad lo que sucede es que aquellos con quienes me he cruzado en mi travesía no han sido capaces de ver más allá y solo han sabido fijarse en la apariencia ligera de la espuma de esa ola al romper en costas desiertas para las de su condición. Pero no por ello he abandonado. No por ello he dejado de buscar un país de ensueño en el que mi sonrisa pudiera tener la elegancia del rojo, y quizás esto sirva ahora para justificar de algún modo tantas molestias que le he causado a mi abuela cada vez que ella —que siempre se ha visto en su vida relegada a la limpieza y al hogar hasta convertirse la costumbre en un hábito circular del que no hay quien la saque ya— se ha empeñado en limpiar de nuevo de mi vestido de lino blanco las manchas de amapola: esas sonrisas de exhortación al futuro esbozadas sobre mi infancia albina, que buscaban la comprensión negada a tantas como yo, y cuyo vívido tono, que ni aun con lejía ha llegado a permitir que su huella se borrara por completo del lienzo de la niñez, ha constituido siempre para mí un verdadero respiro.

Porque las amapolas me han hecho con el tiempo poseedora del rojo y del tacto suave de las grandes cortinas.

Es cierto que nunca lo he tenido demasiado fácil, que muchas veces el viento en mi contra ha transportado la arena de la desértica playa hasta mis ojos, y entonces la realidad ha escocido de tal forma que he estado a punto de ceder a los estereotipos. Pero en esos momentos he recordado aquellos castillos que me enseñó a hacer mi padre, esos que siempre se derrumbaban, que nos llenaban de barro, y he evocado mi mano sucia junto a la suya acercándose a ese mar que tanto me asustaba, a esa orilla en la que él me

enseñó a vencer los miedos, a alcanzar la pureza de los sueños con su compañía, a lavarnos las manos en el agua salada mientras, en un remoto lugar en el que nadie los veía, nuestros pies dejaban su huella por debajo de las olas, en esa arena anaranjada, cálida y agradable al tacto que ya se ha convertido para siempre en terreno conocido.

Porque la arena me ha hecho con el tiempo poseedora del naranja y de la innovación desde la tarima de la consonancia.

También el exceso de luz ajena haciéndome sombra me ha cegado en ocasiones, y por eso he tratado de encontrar mi lugar en los campos de girasoles: entre esas flores de presencia erecta que tanto le gustaban a mi madre, esas que al crecer burlan la luz y las tinieblas, que ridiculizan con su rostro caído lo pretencioso que antes habían adorado, que no aceptan que el sol las alumbre por un lado si por otro todo les está siendo prohibido. Y es así como he aprendido a no dejarme comprar por las sonrisas de la gente solo por mi cara bonita, como he asumido que en la vida las expresiones faciales sin madurar a menudo tienden a la infidelidad, que mientras una sea alumbrada por la luz de la belleza establecida por la sociedad, no caerá sobre su cuerpo el foco del éxito.

Porque los girasoles me han hecho con el tiempo poseedora del amarillo y de una voz propia que se ha abierto camino entre la maleza.

Además, de niña nunca acostumbré a tener los movimientos delicados y perfeccionistas de las bailarinas, nunca llegué a aprender la técnica de puntas ni me interesé por el maquillaje, sino que me centré en las carreras al aire libre, en las esquinas protegidas por mi red entrelazada, por mi hilo de hierro, por esa rabia que en ocasiones me sudaba por la espalda. Por eso la disciplina y la constancia las aprendí de la mano del tenis, con mis pantalones cortos, dado que no soportaba la incomodidad de las faldas; y todavía puedo recordar mis rodillas raspadas del tono verde de la pista, el rechazo a lo

artificialmente abriéndose paso más allá de la red, sobre todo cuando un día, al mandar la pelota lo más lejos que pude para que nadie rozara su camino ni siquiera con la vista, me di cuenta de qué era lo que más deseaba en mi vida.

Porque la hierba del campo me ha hecho con el tiempo poseedora del verde y del ademán natural de la coordinación sobre esta elevada llanura.

Pero no solo eso, sino que las dimensiones desconocidas también han tenido su parte en mi historia. De niña solía salir al jardín en las noches más oscuras, a ver las estrellas fugaces caer, y me daba cuenta entonces de cómo el cielo también lloraba, cómo desde la extensión en la que me encontraba no era posible determinar con exactitud si era la luna la que salía siguiendo el sol o al contrario, ni tampoco saber si las estrellas me buscaban a mí o yo a ellas, pero la verdad es que en esas noches oscuras y silenciosas, a pesar de no hablar, me sentía escuchada, y querida, todo al mismo tiempo. Y nunca he dejado de lado esa costumbre solitaria de relatarme en silencio.

Porque el cielo estrellado me ha hecho con el tiempo poseedora del azul y del respeto de las miradas celestes que me siguen.

También el color menos sospechado ha encontrado su lugar en el espectro visible. Recuerdo perfectamente cómo al desplegar aquella mariposa sus alas en ese campo desierto sentí una fascinación de dimensiones indescriptibles. La honestidad de sus movimientos me hizo evocar en aquel polvillo blanco que cubría sus alas, mis primeros intentos de pasos en la soledad de aquella habitación grisácea, y creo que solo por eso me he atrevido a abrirme yo también, a batir las alas y alzar este vuelo con todos los pormenores de esfuerzo y trabajo que a mi paso he ido dejando.

Porque la mariposa me ha hecho con el tiempo poseedora del añil y del aleteo silencioso abierto a la expresión de nuevas melodías.

Y finalmente lo he logrado. He conseguido vencer a la monotonía del gris con los pequeños detalles del espectro visible. He logrado asentar mis manos de cara al público sobre una superficie conocida, dejar que mi vista se pierda entre las teclas blancas y las negras, en escalas cromáticas que unas veces absorben color y otras lo reflejan, pero en cuya armonía la tónica siempre acaba sobreponiéndose a la dominante para crear una cadencia conclusiva perfecta auténtica.

Y mi esfuerzo en la interpretación en los pequeños salones me ha hecho con el tiempo poseedora del último color, de mi nombre, de un sueño logrado, de la neutralidad entre el azul y el rosa, así como de una aportación final a todas las tonalidades anteriores. Pero sobre todo, de *La historia de Violeta*, una banda sonora que brota desde mi batuta.

Desde esa que al otro lado de las cortinas rojas y sobre la tarima de la naranja consonancia innovada, ha recreado desde una amarilla voz propia, siempre contando con la verde coordinación y el respeto de las azules miradas de los músicos, las añiles melodías de esa travesía en soledad que ahora denuncia.

De ese camino vedado por el que yo he conseguido pasar y que ahora reclamo que esté abierto a tantas otras que lo desean. Y por eso este preludio da nombre al concierto con el que florezco ya oficialmente, ya Violeta, como directora de orquesta.